

4. Cristo, principio de toda renovación

«Amigo, ¿por qué has venido?» – «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»

«Señor, tú lo sabes todo, ¡sabes que te quiero!»

Al llamarnos amigos y pedirnos que nos demos cuenta de que el sentido de nuestra vocación es solo este, Jesús, seguido de san Benito, san Bernardo y todos los santos, nos ayuda también a comprender de dónde renace y se renueva nuestra vocación. Para Pedro, todo renace cuando llega a decirle «Tú» a Cristo, confiando a Cristo mismo su respuesta a la llamada a amarlo. Es como si Pedro le dijera a Jesús: «Tú me llamas a ser tu amigo, tu mejor amigo, a preferirte por encima de todas las cosas y de todas las personas, a preferirte sobre todo a mí mismo. Pero comprendo que si no te pido a Ti este amor, esta amistad contigo, no puedo garantizar nada, no puedo prometerte ninguna fidelidad. Mi fidelidad a tu amor solo puede ser fruto de tu amor por mí, de la amistad que me regalas. Mi fidelidad, mi amor, solo puedo vivirlos alimentándome de tu amor, solo puedo reconstruirlos a partir de la amistad que Tú me ofreces aquí y ahora».

Es como si aquí Pedro recordara unas palabras que Jesús pronunció en la Última Cena: «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé» (Jn 15,14-16).

Jesús no dice: «Os llamo amigos» como si nos diera un título. Lo dice en el sentido de que nos llama a ser partícipes de lo que más le es querido: su comunión con el Padre, su compartirlo todo con el Padre. A través de su amistad, Cristo nos abre a disfrutar de todo lo que Él tiene en común con el Padre. Es decir, nos dona el Espíritu Santo, nos dona todo su Amor trinitario y todo lo que este amor posee, quiere, crea y ama: no solo todo el universo, sino toda la humanidad, que es un don lleno de responsabilidad y de compasión, lleno de deseo de salvación en Cristo para cada ser humano. En la amistad de Cristo, podemos pedirle todo al Padre. Y no solo se nos da la facultad de *pedirlo* todo, sino de *obtenerlo* todo del Padre.

Todo esto, Jesús nos lo ofrece gratuitamente; es una decisión suya, no nuestra. Pero nos lo ofrece, y eso significa que nos pide que lo acogamos como se acoge una amistad. Todo nos es ofrecido en la amistad con Cristo. Pero podemos rechazarlo todo. ¿Cómo? Rechazando, como Judas, la amistad con el Señor.

Pedro, al acoger con humildad la oferta de amistad que había traicionado, ve que todo en él se renueva cien veces más, que toda la misión para la que Jesús lo había elegido se renueva, renace. Ya no por lo que él hace, por lo que él da, sino gracias a la amistad que Jesús restablece entre ellos.

Tras este diálogo, Jesús le pide esencialmente dos cosas a Pedro: «¡Apacienta mis ovejas!» y «¡Sígueme!» (cf. Jn 21,17.19.22). ¿Qué significan? Significan que, en el intercambio de amor con Jesús, la vocación y la misión de Pedro se renuevan totalmente. La única condición para cumplir su misión será seguir al Señor, es decir, permanecer siempre con Él, unido a Él, en cada paso de su vida, hasta la muerte. Unido a Él en la amistad, es decir, con el corazón.

Así es como debemos entender lo que significa para nosotros la frase de Cristo en el Apocalipsis: “Hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5), y, por tanto, cómo debemos abrirnos a la renovación de todo y, en particular, de nuestra vida siguiendo la vocación monástica.

Durante la última Vigilia Pascual, que celebré con nuestras monjas de Cortona, me llamó especialmente la atención la oración que se reza tras la lectura en la que el profeta Ezequiel anuncia que el Señor nos dará un corazón nuevo y un espíritu nuevo: “Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios” (Ez 36,26-28)

La oración dice:

«Oh Dios, poder inmutable y luz sin ocaso, mira con bondad a tu Iglesia, sacramento de la nueva alianza, y según tus eternos designios, lleva a término la obra de la salvación humana; que todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de quien todo procede.»¹

Es un texto de la liturgia que expresa toda la necesidad de renovación que siente la humanidad entera, la Iglesia, cada comunidad y cada persona. ¿Quién no desea, en efecto, que todo lo que ha sido destruido por el mal, el pecado, la violencia, la ambición y la codicia de los poderosos, y la guerra, pueda ser reconstruido? Si pensamos en las imágenes de las ciudades destruidas por las guerras recientes; si pensamos en la destrucción moral de nuestras sociedades, de tantas familias, de tantos jóvenes; si pensamos en la precariedad de las instituciones políticas, culturales y religiosas en todo el mundo; si pensamos en el desmoronamiento de tantas comunidades eclesiales y religiosas, por infidelidad, por abusos, por las derivas narcisistas de quienes deberían encargarse de su edificación... ¡Cuánta necesidad de reconstrucción hay por todas partes!

Luego, la oración menciona el envejecimiento, no solo de la edad y las fuerzas, sino a veces de los corazones, de la voluntad, del entusiasmo por los grandes ideales; el envejecimiento de la pasión por Cristo, del «primer amor» que nos hizo decir sí con entusiasmo y con el deseo de correr en su seguimiento.

¹ Testo latino: “Deus, incommutabilis virtus et lumen ætérnum, respice propítius ad totíus Ecclésiæ sacraméntum, et opus salutis humanæ perpétuæ dispositiónis efféctu tranquillius operáre; totúsque mundus experiátur et vídeat deiécta érgi, inveteráta renovári et per ipsum Christum redíre ómnia in íntegrum, a quo sumpsére princípium.”

Pero la oración resume las experiencias de destrucción y envejecimiento en la pérdida de integridad, es decir, de unidad y armonía. La pérdida de la unidad armónica de nuestra vida, de nuestras comunidades, de la humanidad, es la experiencia que nos hace sentir más frágiles, más perdidos. Es la condición que llena de compasión el corazón de Jesús al ver a las multitudes «como ovejas sin pastor» (Mt 9,36). Es decir, la experiencia de la disipación, de la desintegración del corazón, de la vida y de todo lo que constituye la vida. O bien la pérdida de unidad y comunión entre los pueblos, dentro de los pueblos, pero también de la Iglesia, de las comunidades, de las familias carismáticas, de las Órdenes. Las realidades que en otro tiempo estaban unidas, íntegras, en armonía, tal vez gracias a la guía de un buen pastor, se desmoronan, se desintegran porque cada uno va por su cuenta, busca su propio interés, su pequeño poder, su propia gloria.

¿Qué puede devolver a la unidad armónica todo lo que se ha desintegrado? ¿Qué puede devolver al mundo humano su unidad, su integridad?

La oración de la Iglesia ve precisamente en esto la victoria de Cristo resucitado. Dios ha previsto desde siempre salvar a la humanidad con la muerte y resurrección de Cristo, a través de la «Iglesia, sacramento de la nueva alianza», a través del misterio de la Iglesia que custodia, anuncia y transmite la salvación universal en Cristo Señor.

La oración de la Vigilia Pascual que estamos meditando nos anuncia que la salvación que obra Dios es el misterio de la resurrección de Cristo, que se comunica a la realidad humana a través de la vida de la Iglesia. Jesucristo, por su muerte y resurrección, se convierte en el principio, la fuente de una renovación imposible de la realidad humana: «lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de quien todo procede».

El Resucitado es el principio y el medio de toda renovación, de toda reconstrucción, de todo rejuvenecimiento, de todo restablecimiento de la unidad integral de todo lo que es humano, a partir de nuestros corazones, de nuestras relaciones, de nuestras comunidades.

De hecho, todo necesita de resurrección, pero solo Cristo ha resucitado y solo Él es el principio, la fuente de toda renovación para nosotros y para todos.

La fe no debe hacernos creer solo en la Resurrección como si fuera una realidad aislada, sino en la Resurrección que, con el don de la presencia del Señor, renueva el mundo, resucita todo lo que el hombre, con el pecado, ha destruido y desintegrado. La renovación de la que necesitamos es aquella que solo Cristo puede obrar como Principio de todo.